

esto por ventura en aquellos á quienes se aparece la figura de un Dios ó de un espíritu celestial, los cuales ya no saben ver ninguna cosa corpórea? ¿pues qué no sucederá al que ve la belleza misma como ella es en sí, no disfrazada con cuerpo ni materia alguna, ni limitada por tierra ó cielo, sino totalmente pura, tal como es.....? Ella á todas las cosas adorna, á todas les hace dádivas sin necesidad de salir de sí, pero de ninguna las recibe; por lo cual el que la ve y descansa en el gozo de su vision haciéndose por aquí semejante á ella, ¿qué otra hermosura puede codiciar? Porque siendo, como es, la belleza más alta, la belleza primera, á todos los que la aman hácelos bellos y amables. Ella es, pues, el premio del combate, de ese combate grande, forzoso á que todo corazón es llamado; y por tanto este debe ser el blanco de nuestros trabajos, que no perdamos nada de esta alta vision; porque dichoso del que la alcanza, y desgraciado del que se vea privado de ella. Y á la verdad no es aquel infeliz, que no reconoce por suyos bellos colores, ni bellas figuras, ni aquel que no posee ningun poder, ninguna majestad, ninguna corona; sino aquel es desgraciado, que pierde esta soberana dicha» (1). ¿Tendria este filósofo panteista que así hablaba mucha esperanza de librarse de

(1) Plotin. de pulchrit. c. 7. ed. Basil. 55. F. 55. Creuzer 46. sqq.

tal desgracia, que en efecto es la sola desgracia verdadera?

Pero esta luz que vemos brillar en las palabras de los gentiles, es solo el crepúsculo de la verdad. ¡Cuán pobre é impotente, cuán glacial es esta débil luz cuando extraviada en medio de las tinieblas del error, incomunicada con la única fuente de verdadera luz, se ofrece á los ojos escrudinadores de nuestra alma! ¡Cuán de otro modo nos conmueve el corazón aquel grande y memorable penitente cuya alma enamorada de Dios y poseída de la sola verdad digna de ser amada por sí misma, prorumpia diciendo: «Tarde llegué á amarte, ¡oh hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Tarde he comenzado á amarte! Tú estabas dentro y yo andaba por de fuera, y por de fuera te buscaba; y en las mismas cosas hermosas que tú hiciste, precipitábame yo hecho deforme. Conmigo estabas, y sin embargo yo no estaba contigo. Léjos de tí me tenían aquellas cosas que á no haber sido en tí, habrían carecido de todo ser» (1).

20. No perdamos de vista la tesis que debemos probar, á saber: «que la belleza es propiamente el objeto de nuestra complacencia, el motivo del

(1) Sero te amavi pulchritudo tam antiqua et tan nova! sero te amavi! Et ecce intus eras, et ego foris, et ibi te querebam; et in ista formosa quae fecisti, deformis iruebam. Mecum eras, et tecum non eram. Ea me tenebant longe a te quae si in te non essent, non essent. Aug. Confess. 10. c. 27.

amor.» Si Dios es amable por ser hermoso, y si solo Él es amable porque Él solo es hermoso, nuestra tesis será verdadera. Esto es lo que nos acaban de decir los neo-platónicos y San Agustín.

Lo que los neo-platónicos dicen de Dios, dicenlo también Basilio y Clemente, y aún el mismo San Agustín, ilustrados por el Espíritu-Santo, en orden á las cosas en que se nos ha hecho manifiesta la hermosura, la amabilidad, la majestad de la invisible deidad. Jesucristo es asimismo digno sobre todas las cosas de ser amado, porque sobre todas es hermoso. «Oh tú,» había dicho el Profeta, «oh tú el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres» (1). Palabras que el gran Obispo de Cesarea explica diciendo: «Ensálzale por su gentil hermosura contemplando su divinidad; porque el profeta no canta la hermosura de su cuerpo, pues «le hemos visto y no es de aspecto bello ni esplendoroso y nada hay que atraiga nuestros ojos, vímosle despreciado y el desecho de los hombres» (2). Sin duda debió ser por consiguiente la vida divina de la majestad invisible lo que llenaba de admiración al profeta cuando éste contemplaba su claridad, cuando sentía el contacto de los rayos de esta luz, y su alma era transportada por su hermosura. Asimismo siempre que esta misma hermosura se hace manifiesta al corazón humano, parecele á éste

(1) Ps. 44. 3.

(2) Is. 53. 2. 3.

feo y despreciable todo lo que antes amaba. Y el Apóstol, ¿no tenía á todas las cosas por estiercol en razón de ganar á Cristo, desde el punto que vió á Aquel que es el más gentil en hermosura?» (1). «Nuestro Salvador,» prosigue Clemente, «sobrepuja á toda la naturaleza humana. Es tan hermoso que solo Él merece ser amado de nosotros, *que ninguna otra cosa podemos amar sino la belleza verdadera.* Él es la verdadera belleza, pues *fué la luz verdadera*» (2). «Amémosle pues,» añade San Agustín. «A nosotros vino, y aunque halló en nosotros muchas cosas feas, todavía nos amó. Si algo encontrásemos en Él que no sea hermoso, dejemos entonces de amarle. Él nos parece sobre manera bello, porque ya le creemos. Hermoso en su deidad, como Verbo que estaba en Dios; hermoso en el seno de la Virgen, donde sin perder la divinidad tomó la humanidad... Hermoso, pues, en el cielo, hermoso en la tierra, bello como infante en el seno materno, bello en los brazos de sus padres; hermoso haciendo milagros, hermoso sufriendo azotes; hermoso convidando con la vida, hermoso no curándose de la muerte; hermoso entregando su alma al morir, hermoso recibéndola al resucitar; hermoso en la cruz, her-

(1) Bas. in ps. 44. n. 4. (Maur. p. 162. A.)

(2) Ὁ Σωτὴρ δὲ ἡμῶν ὅτε βάλλει πᾶσαν ἀνθρωπίνην φωνήν. καλὸς μὲν ὡς ἀγαπᾶσθαι μόνος πρὸς ἡμῶν, τὸ καλὸν τὸ ἀληθινὸν ἐπιποθοῦντων. «ἦν γὰρ τὸ φῶς τὸ ἀληθινόν.» Clem. Aley, Strom. 1. 2. c. 5. ed Potter. 439.

moso en el sepulcro, hermoso en el cielo» (1).

Hemos indicado ya la fuente de donde recibieron los Padres estos conceptos. No los recibieron de la sabiduría socrática, sino de donde según Clemente de Alejandría procedió en gran parte esta misma doctrina verdaderamente admirable en medio de un ciego paganismo, es á saber: de la divina revelación. En efecto (y aquí queremos poner término á la serie de nuestros testimonios), aun en las sagradas escrituras vemos tomada expresa y claramente la belleza del Redentor como sinónima de su amabilidad, como el medio en cuya virtud cautivaba los corazones, como el objeto propio y la razón fundamental de nuestro amor. Él mismo había prometido que cuando fuera levantado en alto en la tierra, todo lo atraería á sí (2), y no de otra manera que por amor (3): por lo cual la noche antes de ser elevado en la cruz pidió á su Padre que le glorificase ante los hombres con aquella gloria que como Dios tuvo en el

(1) Amemus illum.... Ecce ipse invenit multa foeda, et amavit nos: si aliquid foedi invenerimus in eo, non amemus... Nobis ergo jam credentibus, ubique sponsus pulcher occurrant. Pulcher Deus, Verbum apud Deum; pulcher in utero Virginis, ubi non amisit divinitatem, et sumsit humanitatem; pulcher natus infans Verbum.... Pulcher ergo in coelo, pulcher in terra; pulcher in utero, pulcher in manibus parentum; pulcher in miraculis, pulcher in flagellis; pulcher invitans ad vitam, pulcher non curans mortem; pulcher deprensus animam, pulcher recipiens; pulcher in ligno, pulcher in sepulcro, pulcher in coelo. Aug. in ps. 44. n. 3.

(2) Joan. 12, 32.

(3) Noli cogitare te invitum trahi; trahitur animus et amore. Aug. in Jo. tract. 26.

Padre antes que el mundo fuese (1). Pero todavía son más claras las expresiones que ahora se nos ocurren. Mil años antes de haberlo pedido el Salvador, había contemplado el Profeta en espíritu la gloria del Esposo, según estas palabras que pone en boca de la Esposa hablando con él: «Tú sí, amado mío, que eres el hermoso y el agraciado» (2); y había dado á entender el efecto de esta belleza en el corazón de la Esposa representándola cuando iba en busca de su amado con vivas ansias y manifestaba su amor y cuán grande era á las hijas de Jerusalén diciendo: «Conjuroos, oh hijas de Jerusalén, que si hallais á mi amado, le noticieis como desfallezco de amor.» Y las hijas de Jerusalén le responden: «¿Qué tiene tu amado sobre los demás amados, oh hermosísima entre todas las mujeres, para que así nos conjures que le busquemos?» (3). «El encendido anhelo de la Esposa», dice un autor contemporáneo de San Bernardo y animado de su mismo espíritu (4), «su penetrante súplica ha escitado y conmovido en gran manera á las hijas de Jerusalén. ¿Y cómo no habían de moverse á preguntar por la hermosura de aquel por cuyo amor ven á la Esposa desfallecida y casi exánime? El mismo desfallecer de amor de la Esposa hubo de escitar en ellas la cu-

(1) Joan. 17. 1. 5.

(2) Cant. 5. 8. 9.

(3) Cant. 1, 15.

(4) Gilebert abad de un monasterio del Cister de Inglaterra  
† 1172.

riosidad para preguntar. Viendo en la Esposa un amor tan vehemente, hacen en el Esposo la causa y vivo estímulo que lo produce. Así afectuosamente preguntan qué hermosura tan grande sea la del Esposo, de quien no pueden menos de pensar que será admirablemente hermoso; y la misma hermosura de la Esposa toman también por argumento para creer que el Esposo ha de ser hermosísimo» (1). Bien lo era verdaderamente Aquel que es «una pura emanación de la gloria de Dios omnipotente, un espejo sin mancilla de la ma estad de Dios» (2); cuya imagen «con sus ojos más hermosos que el vino y sus dientes más blancos que la leche» (3), ya se ofrecía en más remota antigüedad á los ojos proféticos del patriarca moribundo y trasportaba su alma; la imagen de Aquel á quien quizá en el mismo tiempo que el autor del Cantar de los Cantares celebraba otro Profeta:

(1) Multum excitatae et animatae sunt ex collocatione et adjuratione sponsae filiae Jerusalem. Quomodo non animentur ad rogandum de pulchritudine ipsius, pro cuius amore sponsam languentem et fere exanimatam vident? Deprehensus in sponsa languor amoris in hanc illas quaerendi curiositatem protraxit. Videntes enim in sponsa amorem esse vehementem, causas et irritamenta tanti affectus arbitrantur in sponso. Affectuose quaerunt, qualis sit in sponso pulchritudo, de quo non possunt non praesumere quid admirabiliter pulcher sit, et sponsae pulchritudinem in argumentum assumunt pulcherrimi sponsi. Gillebert. de Hollandia, in cant. serm. 47. n. 3. (inter opp. S. Bernardi, ed. Maur. tom. 5 p. 161.)

(2) Sabiduría. 7. 25. 26.

(3) Pulchriores sunt oculi ejus vino, et dentes ejus lacte candiores. Gen. 49. 12.

«Cíñete, oh Monarca potentísimo el muslo con la espada, cíñete con tu virtud varonil y hermosura. Pon el hilo á tu arco, tira venciendo y domina» (1).

Cuán seguro sea su arco y cuán vencedora su cuerda nos lo enseña entre un sin número de ejemplos el corazón herido y la llama de amor abrasadora y los gemidos de paloma de la seráfica Virgen de Avila (2); y cómo triunfó

(1) Ps. 44. 4, 5. He aquí la traducción de este pasaje por el maestro Gonzalez Carvajal:

¡O prez y hermosura  
De los hombres! cómo se derrama  
La gracia y donosura  
En tus labios! Por eso Dios te llama  
Bendito eternamente.  
Lleva sobre tu muslo bien ceñida  
La espada reluciente,  
Monarca potentísimo: y asida  
La fortuna á tu carro  
Próspero te encamina, y cual merece  
Tu parecer bizarro,  
Goza la gloria que en tu reino crece.

El autor advierte que la versión de la Vulgata liga las expresiones de un modo distinto; pero que la interrupción que él presenta y el sentido consiguiente corresponde al texto hebreo de la Vulgata Cod. Veron. y á la lección de San Crisóstomo (in ps. 44. n. 4. 5.) «περ'θου ὡς μάχαιράν σου ἐπὶ τοῦ μηροῦ, τὸν ἔπιπλόν σου καὶ τὸ ἀξίωμα σου.» Sobre la cual se explica el Santo diciendo: «τοῦτο ἐστὶν, ἡ μάχαιρα ἡ ὡραιότης αὐτοῦ, καὶ τὸ κάλλος αὐτοῦ. καὶ ἡ μεγαλοσύνη. καὶ ἡ μεγαλοπρέπεια.» (In ps. 44, n. 4. 5.)

(2) Sed te manet suavior  
Mors, poena poscit dulcior:  
Divini amoris cuspide  
In vulnus icta concides.

Del oficio de Sta. Teresa.

Él por su belleza y dominó, probáronlo bien mucho tiempo atrás las espirituales expresiones de aquella niña incomparable que apenas cumplidos trece años de su edad ya llevaba en su corazón de ángel la sabiduría más cumplida de la ancianidad (1): «Para Aquel solo buiero vivir, solo á Aquel quiero guardar mi fé, á quien los ángeles sirven, cuya madre es una Vírgen, y cuya hermosura el sol y la luna admiran» (2). A la verdad «agudas son tus saetas,» concluye Basilio el Grande. «Son saetas que atraviesan el corazón de los fieles abrasándolos en amor encendido de su Dios y sacando de él estas palabras que dicen hablando con el Esposo: «Desfallecido estoy de amor.» Porque es inefable, es gloriosa sobre toda ponderación la hermosura del Verbo, la amabilidad de la sabiduría, el esplendor de la divinidad en el que es imagen suya en un todo igual á ella en esencia. ¡Bienaventurados, pues, los que tienen sus delicias en la contemplación de la belleza verdadera! Porque como esten abrasados con el amor del que es las delicias del cielo, luego ponen en olvido amigos y parentela, su casa y hacienda, y hasta se olvidan de sí mis-

(1) *Infantia quidem computabatur in annis, sed erat senectus mentis immensa.*

Del oficio de Sta. Inés.

(2) *Ipsi sum desponsata, ipsi soli servo fidem, cui angeli serviunt, cujus mater virgo est, cujus pulchritudinem sol et luna mirantur.*

Del oficio de Sta. Inés.

mos en lo que toca á lanecesidad de comer y beber, para hacerse enteramente una cosa misma fundiéndose en cierto modo con el divino purísimo amor» (1).

Este sería el lugar apropiado para demostrar la segunda parte de nuestra tesis, á saber: que el amor engendrado naturalmente en nuestro corazón por la belleza es amor perfecto. Pero despues de lo que hemos dicho, ¿á quién puede parecer dudosa esta verdad? «La virtud y la sabiduría,» nos dicen los antiguos, «un bello corazón, un carácter noble, cautivan nuestra admiración y nuestro amor; y por esto los llamamos bellos» (16). «Cuanto es la belleza más subida, tanto es mayor la amabilidad, tanto más fuerte el amor; pues aquello es lo más amable, que es lo más hermoso,» nos dicen Platon, Proclo y San Agustin (17). «Solo la belleza es amable,» decia en términos aún más enérgicos Máximo de Tiro, y repetia San Agustin: «lo que no es bello, tampoco puede ser amado; el amor es concupiscencia cuando no se funda en la belleza; porque en esto cabalmente se diferencia el amor perfecto del imperfecto, que el primero se va tras la belleza, y el segundo busca lo útil; y por esta causa», concluyen ambos, «solo el amor de lo bello merece el nombre de amor» (18, 10). ¿Qué más? La belleza y la amabilidad

(1) Bas. in ps. 44. n. 6. Maur. p. 164.

son una cosa misma: ¿cuándo ha sido llamado amable lo que el interés busca? La justicia, la castidad, el valor, aquella hermosura interior «que cautiva el corazón de Dios, que el rey codicia» (16), «la bondad en nuestro corazón,» la lealtad, un alma bella en un cuerpo conveniente (17), aquella nobleza de ánimo que nos mueve á amar y venerar al anciano, y por último, la heroica resignación de los mártires (18), ¿son por ventura objeto del amor de concupiscencia, ó del de benevolencia? ¿De cuál de estos dos amores habla San Agustín cuando se duele de haber amado tarde «aquella belleza tan antigua y sin embargo tan nueva?» (19) ¿De cuál hablan San Basilio, Clemente y otra vez más San Agustín cuando nos invitan á considerar la hermosura del Hijo de Dios, hermosura infinita que sobrepuja todo sentido, por la cual, en tocándonos los rayos de su lumbre resplandeciente, despreciamos y olvidamos toda otra belleza? Amor de esta beldad fué lo que hacia desfallecer á la Esposa del Cantar de los Cantares: amor de esta beldad fué el que abrasó á la doncella romana, mártir de trece años, cuando á paso apresurado iba al lugar del suplicio con una alegría sin comparación alguna mayor de la que siente la Esposa cuando se acerca al altar (1). ¿Era por

(1) Non sic ad thalamum nupta properaret, ut ad supplicii locum. taeta successu, gradu festina virgo processit. Ambr. de virg. l. I.

Del oficio de Sta. Ines.

ventura imperfecto el amor que la animaba? Al que tal creyese faltaríanle para amar la inteligencia y el corazón; y solo podría poseerle el egoísmo.

## VI.

La misma verdad que hemos probado por el sentir unánime de la antigüedad, por el testimonio de la filosofía socrática y cristiana, se deduce con no menos claridad de razones intrínsecas. La belleza es por su naturaleza esencial y necesariamente objeto y fundamento del amor propiamente dicho.

23. Los pasajes que hemos alegado son más que suficientes para convencernos de cómo á juicio de la antigüedad fué reputada la belleza por fundamento y objeto del amor propiamente dicho, y de cómo por su acción natural y directa sobre el espíritu racional le ocupaba y ganaba el corazón. Si fuera posible oponer á las autoridades que hemos oído, otro número igual de testimonios de igual valor, podría parecer ciertamente disminuida la fuerza de la demostración; ¿pero cuándo llegaron á juntarse formando una sola voz sobre ninguna cuestión del orden puramente intelectual tantos y tan insignes maestros? Y si no los ha habido ni los hay, ¿cómo es que la ciencia de lo bello, que solamente debe recibirse de la antigüedad, según hemos indicado y lo haremos ver más de lleno,